XVI

Pido perdón de nuevo por tomar la palabra en lugar del excelente cura de Brault; pero debo decir que estas insulsas líneas son, en comparación de aquel relato animado, lleno de vida y de emoción, lo que es la lava fría y endurecida, si se compara con el torrente inflamado que arroja un volcán, y no pueden dar ni aun idea de lo que era este drama, tal y como él nos lo contaba.

Entonces estábamos en el teatro mismo de la acción.

Allí era, en aquel mismo comedor, donde el marqués de Brault, llegado a los últimos límites de la vejez, había hecho sus confianzas al señor cura, que ahora nos las trasmitía a nosotros, en aquel antiguo castillo donde casi nada había cambiado, pues el mobiliario había sido vendido también con la propiedad.

Allí era donde aquella casta y desgraciada niña había sufrido su martirio. Bajo aquellos árboles del huerto estaba el sitio donde tantas veces

había llorado su vergüenza y donde había escondido la agonía física y moral a que había sucumbido por fin.

La casa, los bosques, el país entero estaban llenos de su recuerdo, poetizados, por decirlo así, con su trágico y encantador fantasma.

Por interesante y conmovedor que sea un drama, es indudable que, representado sin decoración, entre cuatro paredes desnudas, pierde todo su efecto.

El relato del cura de Brault, encerrado entre las frías páginas de un libro, no es más que el esqueleto descarnado de esta historia, que, al oírla de sus labios, llegó hasta el fondo de nuestras almas.

Era ya muy tarde y el digno sacerdote quiso dejar la continuación para el día siguiente.

Los criados se habían ido ya a descansar por orden de mi amigo.

Suplicamos al anciano que continuase, y para decidirle, mi huésped abrió la ventana que daba a la carretera por donde yo había venido.

La luna había salido disipando la niebla de aquella noche e iluminando con su luz de plata las frondosas perspectivas de Brault.

Alrededor del castillo no había edificada casa alguna y no se oía más ruido que el grito melancólico de las aves nocturnas que anidaban en las

torrecillas o en los troncos de los árboles y que se respondían unas a otras de cuando en cuando.

El señor cura de Brault, según me ha dicho después mi amigo, tenía para su servicio particular un caballito de pelo áspero y feo, de la raza que llamaban en otro tiempo "de carga", y que servían en los bosques, desprovistos de caminos, para trasportar leñas y carbones.

Las nuevas generaciones no conocen esta clase de animales, aunque no se necesita ser muy viejo para recordar haberlos visto muchas veces con sus campanillas al cuello, cargados de haces de leña, o de sacos de carbón, y conducidos por campesinos, que llevaban en la mano grandes y nudosos látigos, que hacían sonar a cada paso, produciendo un ruido infernal.

—Si os quedáis, señor cura, luego iremos los dos a acompañaros—dijo mi amigo.

Esta proposición hizo sonreír al anciano, que cedió, por fin, a nuestras instancias.

—Si hubieseis visto, como yo—continuó, volviendo a sentarse—, y hubierais conocido al marqués de Brault, comprenderíais todo lo que aquella enérgica cabeza, de facciones acentuadas, de gestos violentos y mirada imperiosa, contenía de obstinación y de voluntad, y todo lo que aquel cuerpo, fuerte y sólido como una roca, encerraba de fuerza y de valor.

Y de astucia también.

El marqués de Brault era un gran cazador, ya os lo he dicho.

La caza era su pasión, su único goce.

Estaba, pues, acostumbrado a luchar y a las estratagemas y ardides que se tienen que usar con las reses.

La caza no es más que un simulacro de guerra.

En provincias, merodeador o cazador es lo mismo, y no existe entre ambos más diferencia que la de que el cazador caza a la luz del día sin temer las miradas de los hombres, mientras que el otro, cuando caza, se ve obligado a despistar a los guardas y los gendarmes.

El arte, sobre todo, consiste en no despertar la caza, de modo que se pueda llegar hasta la guarida del animal sin que éste sospeche nada, ya para lanzarle, ya para disparar un tiro y apoderarse de él.

El marqués de Brault poseía este arte a fondo.

Le había practicado desde su juventud y no había nadie que pudiese darle lecciones.

Al acabar el marqués sus estudios, que eran, por cierto, muy profundos y sólidos, se había ido a vivir para siempre al campo, primero por gusto y luego por filantropía, cuando perdió a la mujer que tanto amaba y de la que siempre hablaba con profundo respeto y emoción.

Era, pues, un aldeano y tenía la misma penetración y sagacidad que éstos, y aun alguna de sus costumbres.

Una vez muerta su hija, su monomanía era el castigo de los culpables.

Todas las fuerzas de su espíritu se empleaban en meditar la venganza que había resuelto y que llegó a ser para él una verdadera obsesión.

¿Por qué medios asegurar su éxito?

Es necesario haberle oído a él mismo para comprender la implacable energía con que preparó el cumplimiento de sus deseos, sin cejar un punto en el camino que se había trazado.

Dejo ya la palabra al marqués.

—La muerte de María dió mucho que hablar en el país y fué atribuída a diferentes causas; pero la verdad nunca la supo nadie... Mientras vivió y durante los últimos meses de su enfermedad, hubo algunos infames que pudieron murmurar de su conducta.

Pero después de muerta sólo hubo para ella un concierto de elogios.

Todas las calumnias se apagaron, y la presencia del conde de Montjeu y su hijo en su cortejo fúnebre dió un mentís a las historias esparcidas por los alrededores de Brault, y de las cuales nadie se hubiese atrevido, de fijo, a aceptar la responsabilidad.

Ocho días después de la fúnebre ceremonia, todo en el castillo había recobrado su aspecto ordinario: los arrieros iban con sus carros, los pastores llevaban a pastar sus rebaños, los guardas circulaban por los bosques y hasta yo mismo salía a dar paseos a caballo; pero sólo y escogiendo los sitios más salvajes y desiertos.

Varias veces pasé al lado de los Congnat y Martín Rabaud, y todas ellas les saludé cortésmente, como a sus demás compañeros, aunque sin dirigirles la palabra.

Así adormece el gavilán la presa que codicia.

Los guardabosques esparcieron por todas partes que yo estaba atacado de una incurable tristeza, y que no tardaría en abandonar para siempre estos lugares.

Hasta dijeron que el dominio de Brault estaba en venta, y que sólo esperaba yo a que me lo comprasen para alejarme de una tierra donde tenía tan tristes recuerdos.

Todo esto era bastante verosímil.

Puedo deciros con orgullo que en el país me querían mucho, así es que esta noticia causó a todos una sensación desagradable.

Mis colonos me suplicaron que me quedase.

Yo les respondí evasivamente.

Más tarde, como yo no veía a nadie, no tuvie-

ron ocasión de volverme a preguntar cuáles serían mis proyectos.

Para realizarlos necesitaba un confidente.

Estaba a mi servicio, desde hacía veinte años, el hijo de uno de nuestros colonos, que tenía uno o dos años más que yo y poseía toda mi confianza.

Ya le conocéis.

Vive todavía y espero que no me precederá en la muerte.

—¿Es Prevot?—le dije.

—El mismo. Prevot era de mi estatura y de mi fuerza, y me atrevo a decir que ninguno de los dos tenía miedo de nadie; pero un tiro puede dejar tendido al hombre más robusto.

Con los Congnat y Martín Rabaud era preciso estar siempre sobre aviso en este terreno.

Por otra parte, ya he dicho que quería castigar y castigar de un modo espantoso; pero deseaba que no interviniese en el asunto la justicia, no sea que me fuesen a llevar a una prisión por cumplir con mi deber.

Era necesario, pues, inventar un castigo misterioso, irresponsable, por decirlo así.

Ya habéis oído hablar de mi traílla.

No sé si os he dicho que se componía de sesenta magníficos perros, con los que se hubieran podido despoblar todos los bosques del Morvan.

Mis perros no habían vuelto a salir del establo

más que para pasearse desde el día fatal en que había tenido lugar nuestra última cacería, al volver de la cual había encontrado a mi hija bajo la acción del horrible disgusto que la llevó después al sepulcro.

Tuve una idea feroz, inhumana. Hubiera debido rechazarla con todas mis fuerzas.

Pero la rabia y el dolor me cegaban y no la rechacé. Antes al contrario, en el estado de exasperación en que me encontraba, aquella idea hizo asomar la primera sonrisa que había entreabierto mis labios desde hacía muchos meses.

Había que esperar.

Estábamos a principios de septiembre y mi proyecto debía tener lugar en el invierno, en los días cortos de diciembre o de enero, que es el tiempo de las grandes cacerías.

Tenía además la ventaja esta época de que mis bosques estarían libres de obreros, y por consiguiente de testigos.

Lo que yo había imaginado era una verdadera ferocidad.

Más tarde os diré las causas que me habían inducido a ello y de dónde me había venido la inspiración.

Hoy creo sinceramente que sólo un cerebro desequilibrado puede, por una sacudida demasiado fuerte para la razón de un hombre, inventar esas

barbaries y admitir su ejecución como moneda corriente.

Cuando confié mi proyecto a Prevot, cierta noche de otoño, después de haber combinado todos los detalles y previsto todos los casos, no olvidaré nunca el aire de espanto con que acogió mi confidencia.

Al pronto debió creerme loco, y fué necesaria toda la tranquilidad con que yo hablaba, el ascendiente que tenía sobre él y, sobre todo, su gran cariño hacia mí, para obligarle a considerar mi deseo como una cosa seria y a hacerme todas las objeciones que un hombre honrado debía, como es natural, oponerme con la mayor energía.

El tormento feroz inventado por mi imaginación enferma, la horrible pena o castigo que tanto asustó a Prevot, se la destinaba yo solamente a Martín Rabaud.

Para los otros dos no quería tanto.

A poca costa podría hacerlos desaparecer.

En medio de nuestros bosques, y más entonces que el Morvan era impracticable, lleno de madrigueras y de malezas, donde abundaban los lobos, la desaparición de un vagabundo no podía traer complicaciones, y mil accidentes muy generales podían explicarla en caso de necesidad.

Pero para el reptil venenoso que no había respetado clases, ni virtud, ni inocencia, arrojando a

sus pies lo que yo tenía en un altar, quería yo algo que fuese espantoso, ejemplar, único: quería que el castigo estuviese a la altura de la inmensidad del crimen, y de tal naturaleza, que pudiera ser un bálsamo para las terribles heridas que habían hecho aquellos miserables a todo lo que vibraba en mí: orgullo, ternura, esperanzas...

A fines de octubre mi plan estaba terminado en todas sus partes y mis preparativos hechos.

Varias veces había visto a Bernardo.

Su cólera igualaba a la mía; pero él estaba más sombrío, más abatido que yo y más indiferente al resultado de mi venganza.

La pérdida de María le había desligado de todo: del mundo y de sus semejantes.

No obstante, estaba de acuerdo conmigo: era necesario lavar la injuria, primero, y después cada uno de nosotros tomaría el partido que más le agradase.

Aunque yo estaba preocupado únicamente por mis ideas de venganza, su desesperación me asustó.

Vi en él algo extraño que me hizo temer que meditaba un acto de locura, pensando recurrir al suicidio para acabar de una vez con sus penas.

Yo trataba de levantar su ánimo, y en algunas ocasiones veía con gusto que lo conseguía, pero no tardaba en caer de nuevo en la postración que tanto nos asustaba a su padre y a mí. Como su-

pondréis, yo le tenía al corriente de todo lo que pensaba hacer con los infames que habían causado la muerte de mi hija.

A fines de diciembre todo debía estar terminado, y mis compradores, los hermanos Benoist, tenían después tres meses para reparar los caminos de explotación que habrían dejado estropeados.

Casi siempre los plazos que se fijan al principio resultan demasiado cortos, y al expirar no están nunca acabados los trabajos, por lo cual hay que prolongarlos indefinidamente.

En efecto, en diciembre los carbones no estaban hechos.

Los hermanos Benoist me pidieron un mes de prórroga, y yo se la concedí sin hacerme rogar.

He aquí por qué:

Mis compradores me explicaron que en dos meses, con sólo que no se despidiese a los hermanos Congnat y Martín Rabaud, a quienes tenían por los más activos, podían quedar concluídos los trabajos.

Por lo tanto, aquellos tres hombres, objeto de todos mis odios, estarían solos en el bosque durante los dos meses de enero y febrero, que era todo cuanto yo hubiera podido desear.

Precisamente la época más conveniente para el desarrollo de mis planes. Todo se preparaba a medida de mi deseo.

Creo haberos hecho comprender que sólo éramos tres los que conocíamos los proyectos que yo meditaba y quería poner por obra.

Bernardo, Prevot y yo.

Quizás el conde de Montjeu lo sospechaba, pero nada decía, y se resignaba a nuestras voluntades.

En cuanto a nosotros, no le habíamos puesto al corriente de ningún detalle, ni nada le habíamos explicado.

Por lo demás, a nuestro alrededor todo el mundo vivía en medio de una tranquilidad perfecta, que yo procuraba asegurar más y más.

El mismo doctor Burel debió creer que yo había renunciado a mis ideas de venganza, pues conseguí engañarle con mi aparente calma e inspirarle la falsa seguridad que tenía engañado a todo el mundo.

Muy pronto debía perderla.

Y eso que mi tenacidad era tan grande como había sido mi dolor. Hubieran pasado los años sin poder realizar mis represalias, y no se habría disminuído un átomo de la furia que me cegaba. ¡La imagen de mi flor tronchada me convertía en huracán asolador!